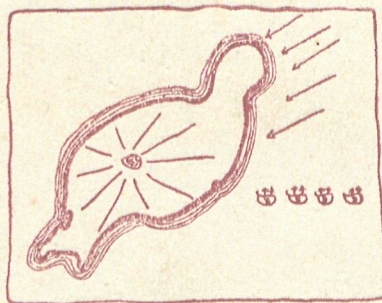


AGUSTIN ESPINOSA

LANCELOT,

28 - 7



A.L.F.A.

MADRID
1929

E d i c i o n e s

A L F A

Vol. 1.º: *Lancelot, 28º - 7º*, por Agustín Espinosa.

EN PRENSA:

Vol. 2.º: *Fantasmagorías*, por Ramón Gómez de la Serna.

Vol. 3.º: *Ensayos*, por Mauricio Bacarisse.

Vol. 4.º: *El arte de Mariuja Mallo*, (40 dibujos con un prólogo de Agustín Espinosa).

Vol. 5.º: *Imágenes de Soria mía*, por Angel Lacalle.

Vol. 6.º: *La mano grande*, por Correa Calderón.

Vol. 7.º: *Parque de atracciones*, por César M. Arconada.

SIRTE ERRATAS DE ESTE VOLUMEN

Página 8. líneas 6.º: + 2a

• 25, • 11: - 6a

• 71, • 15: - 1

• 73. nota: 2 > 1

• 87, P > Q

U > A

R > B

R > B

T > 1

O > O

D > O

R > B

R > B

R > B

O > O

R > B

• 95. líneas 9.º: R > O

• 68, • última. - 10a

BIBLIOTECA
SAULO TORON

A Saulo Torón, poeta
de Gran Canaria.

Agosti Espinola.

Madrid. Nov. 29.



Ediciones de Arte, Literatura y Filosofía Actuales

V O L U M E N P R I M E R O

LANCELOT, 28°-7°

[GUÍA INTEGRAL DE UNA ISLA ATLÁNTICA]

A G U S T I N E S P I N O S A

M A D R I D

1 9 2 9

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
N.º Documento <u>432856</u>
N.º Copia <u>489033</u>

*Crear una obra que viva fuera
de sí, de su propia vida, y que
esté situado en un cielo especial
como una isla en el horizonte.*

PAUL DERMÉE

Lanzarote es la isla más oriental del archipiélago canario. Un pedazo —insularizado— de Africa. Una avanzada marroquí. Tiene la forma de un caballo marino en actitud de saltar un obstáculo: las patas delanteras encogidas aún bajo el vientre, preparándose la distensión que producirá el salto futuro; las patas traseras reciamente apoyadas sobre un paralelo. El caballo Lanzarote mira hacia Africa. Su cabeza la adelanta sobre el obstáculo azul que de la meta africana le separa. Cuando desaparezca la isla de Lanzarote, habrá que pensar, más que en fauce marina, en tragaldabas de Africa. Acicates de la hazaña: camello, palmera, cisterna.

La isla de Lanzarote está situada entre los 28° de latitud Norte y los 7° de longitud Oeste del Meridiano de San Fernando.

Isla potra.

Alzada: 74.000 metros.

Area adimental: 714 Km.²

Nombre de la infancia: Capraria.

Su producción mínima la acusa el centeno: 1.350 kilogramos, según la estadística de 1913. Su producción máxima, la sal: 20.000 toneladas anuales. Signos áulicos.

Sobre esta isla, Agustín Espinosa ha escrito un libro: una guía integral. Su título, culto: «Lancelot, 28°-7°.»

LANCELOT Y LANZAROTE

Lancelot y Lanzarote

Lanzarote ha sido explicado de manera anecdótica, inafectiva. Esto ha significado —significan— libros como *Tierras sedientas* de Francisco González, o *Costumbres canarias* de Isaac Viera. Unicos precedentes literarios (?) de mi libro.

La música que salve a un pueblo, a un astro o a una isla, no será nunca música de esta clase. Sino música integral. Sino la creación de una mitología. De un clima poético donde cada pedazo de pueblo, astro o isla, pueda sentarse a repasar heroicidades.

Sino aquella literatura que imponga su módulo vivo sobre la tierra inédita. No ha sido de otro modo cómo el mundo ha visto, durante siglos, la India que creó Camoens; o la Grecia que fabricó Homero; o la Roma que hizo Virgilio; o la América que edificó Ercilla; o la España que inventaron nuestros romances viejos.

Una tierra sin tradición fuerte, sin atmósfera poética, sufre la amenaza de un difumino fatal. Es como esas palabras de significación anémica, insustanciales, que llevan en su equipaje pobre—e inexpressivo—las raíces de su desaparición.

Lo que yo he buscado realizar, sobre todo, ha sido esto: un mundo poético; una mitología conductora. Mi intento es el de crear un Lanzarote nuevo. Un Lanzarote inventado por mí. Siguiendo la tradición más ancha de la literatura universal. Por eso sustituyo un Lanzarote que hoy ya nada dice, que ha perdido su sentimiento efectivo, por Lancelot: héroe de la gran

caballesca bretona; caballero de intensa prosapia; admirable coleccionador de aventuras; huésped famoso del medievo; maestro de Amadís y de Don Quijote. Sustituyo una palabra —Lanzarote— ya sin sentido por otra llena aún de alto sentimiento de heroicidad. Amarro con doble bramante el equívoco —vulgar— Lanza Rota y suelto las amarras a Sir Lancelot. Penumbro el vocablo popular para proceniar el vocablo culto. Sustituyo lo concreto por lo abstracto. El molde, por el módulo. Lo entero, por lo íntegro. El objeto, por su esquema. El sujeto, por su esencia. La Isla, por su mapa poético. Culto. Construyo la geografía integral de Lanzarote.

II

Alba.

Lanzarote representa el fin geográfico e histórico de Lancelot. Apresado quedó entre los grados 28.º y 7.º el británico caballero del carro, en su primer paseo del Atlántico. La isla africana fué para Lancelot Mediodía y Oriente a un mismo tiempo. Lo que convenía a sus apetencias aventureras. El complemento histórico y geográfico de su Occidente y de su Septentrión. Su recinto de senetud, también. La quinta meridional, con jardines ascéticos, donde repasar tras los cristales de la alcoba en-

cortinada su nórdico enamoramiento: su tristanismo de los veinte años. Fué, también, un poco, su isla de la penitencia.

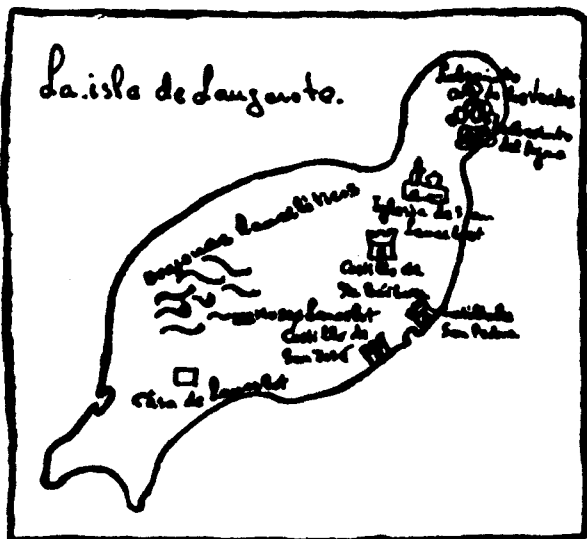
Diez barcos de Bretaña trajeron la decoración bretona, el traje caballeresco que Lancelot quiso que vistiera su isla: castillos de puentes volantes y soldados defensores con cuerda para 40 días; dragones cósmicos —hoy Montañas del Fuego— que un fuelle colosal mantenía siempre ardientes; y planos para laberintos subterráneos, donde, como en las aventuras del Norte, podía haber también reinas raptadas, o muchachas perdidas, en espera del descubridor.

Repartió Lancelot entre el Norte y el Sur, entre el Este y el Oeste, los castillos británicos. Encadenó, en el centro de la isla, el dragón mayor. Sobre los planos de Bretaña se construyeron, bajo su mirada bretona, los laberintos subterráneos —hoy casi desaparecidos— de los Verdes y el Agua.

Cuando todo el aparato caballeresco es-

tuvo repartido. Cuando tuvo su escenario épico, propio. Lancelot, como el Dios evangelista de la séptima alba, descansó.

Luego hubieron de quietarle la infanti-



lidad bretona y la monotonía atlántica: azul de mar y blanco de castillos. El aislamiento le hizo lector atropellado de Virgilio y de Homero; de Lucano y de Apolonio de Rodas. Los autores pedidos siglos

después por otro gran a-isla-do oceánico:
el Napoleón de Santa Elena: héroe de pura
líneaancelótica: hijo del Lancelot octoge-
nario, borracho de épica, de otra africana
isla del Atlántico.

Musa épica.

En su isla africana, leyó Lancelot anchos libros de viejas aventuras. Con las antiparras más pesadas de su caja de antiparras para presbiopes. Con las antiparras que agigantan desmesuradamente letras y hazafias. Sobre todo, el retorno, lleno de islas, de Odiseo. Isla de las Sirenas. Isla de Circe. Isla de Trinaquia. Isla de Ogigia. Lancelot veía las islas odisianas como estaciones del viaje de regreso. Si en la isla de Ogigia paraba Odiseo siete años era porque la guardavía era Calipso, ninfa rubia,

maestra del beso, de la caricia y del mañana.

Lancelot fué así homerizando, mediterranzando, su isla. Otra estación más. Para él, la última. La estación donde se toma ya el coche de la muerte.

Pero él podía ponerla junto a las estaciones griegas. Alistarla. Su isla del Atlántico con las islas del Mediterráneo. Heroicizarla. Hacerla estación larga como la de Ogigia: en lugar de los brazos ninfes de Calipso, los heterogéneos de un peine de marfil y un rizo dorado.

Las lecturas homéricas adelgazaron las gafas más gruesas. Pusieron una valla de música épica entre Lancelot y la Isla. Toda la gran decoración bretona fué tomando ese aspecto que adquieren los jardines abandonados. Crecieron desmesuradamente los castillos. Almenas y torres se alargaron como pedúnculos. Los puentes levadizos mezclaban su proa con la proa de los puentes más próximos. Se desenrolló,

en vacaciones perennes, la cuerda de los soldados defensores.

En sus lecturas épicas, Lancelot dejó ir apagando las Montañas del Fuego. Hoy casi apagadas. Que apenas sirven ya para asador paradigmico de los turistas sin aspiraciones. Dejó que se fundiera el laberinto de Los Verdes y el del Jameo del Agua. Que el mar raptara el castillo del Este. Que el viento dejara sin fortalezas al Oeste y al Norte. Que tenga el Este tres castillos —San Pedro, San José, Santa Bárbara— desde entonces.

IV

San Lancelot.

Una arqueología integral de Lanzarote no olvidaría el sepulcro de Lancelot. Cuando la Sociedad Pro Turismo de Lanzarote se dé cuenta de este imperativo turístico, edificará el sarcófago de Lancelot que señalarán con mayúscula las nuevas guías. Aparte la fea elección de escultor, sería ésta una bella lección de integralidad. Apuntadora de un cambio de ritmo en las guías futuras. Que haría más largas las rutas oceánicas. Que detendría unas horas los ojos caudales de los viajeros del Atlántico.

En esas guías ya no habrá castillos de Carlos III, ni Cuevas de los Verdes, ni Montañas del Fuego. Sino castillos, laberintos y dragones de Lancelot. Juegos infantiles de la senetudancelótica. Iguales a los del general con biznietos, que juega a la guerra, en su alcoba última de octogenario, con los soldados de plomo de sus descendientes postreros.

Se encontrará la casa donde murió Lancelot. Su escudo. Sus armas. Su pista de los paseos de la tarde. Su playa de los estífos africanos. Se hará el Museo Lancelot: la mesa en que comía; el bajo lecho de valetudinario; el viejo y labrado yermo de los torneos; el peine marfil y el rizo dorado; los retratos de Artús, el cornudo, y de Genievre, la amada.

Entonces empezará a tener Lanzarote un sentido. Un objeto para el devenir. Se construirán la imagen y la iglesia de San Lancelot. Santo de marineros náufragos. De años de sequía y de amores tristanescos.

Y de epidemias. Tendrá su romería San Lancelot como la tiene hoy San Ginés. Será el mito auténtico. Convendrá el Santo con su parroquia. Se embanderarán todos los años los viejos juguetes del Santo. Hoy castillos de San José o de Santa Bárbara. Mañana, sólo castillos sanlancelóticos.

Para ese día emplazaré a mi Musa de las mañanas de fiesta. Construiré por mi riesgo y cuenta là «Oda a San Lancelot, vencedor de la carretera con obstáculos».

ELOGIO DEL CAMELLO CON ARADO

Para tí —camello con arado, de Lanzarote— mi saludo específicamente militar. Para tus andares despaciosos de general retirado. Para tus gestos de incomprendido. Para tu gran sable de madera, sobre todo. Para ese gran sable arador que sabes arrastrar tan garbosamente sobre la tierra plana de Lanzarote como sobre las alfombras de una gran recepción consular. Con una gracia tan triste que únicamente Charlot podría llamarte su maestro.

¡Qué bello eres —camello de Lanzarote— entonces! Tú que, sin arado, eres el más feo de todos los animales. Porque eres feo y porque en tí se nota más la desnudez que en ningún otro.

Yo recordaré siempre —camello con arado, de Lanzarote— la primera impresión de tu arante silueta de gran actor de la estepa. Yo recordaré siempre mi sonreír ante tu gran «film» para minorías. (Charlotte —únicamente— me ha hecho sonreír de una igual manera.)

Si tú fueras a Nueva York —camello, con arado, de Lanzarote— encontrarías el empresario para tus películas. Trabajarías con Pamplinas y con Mary Pickford, con Charles Chaplin y con Harold. Y tendrías tu público infantil que te aplaudiría sonoramente cuando ganaras batallas y tomaras castillos con tu gran sable de madera.

Para ti —camello con arado, de Lanzarote— mi saludo específicamente militar. Y mi saludo —también— de espectador regocijado de tu gran arte inédito. De tu arte incomprensido —camello para minorías: maestro de los actores del devenir.

NAZARET

Alguien ha trazado sobre la lejanía última de la ancha estepa —subrayando el cielo diáfano del mediodía— 2, 3 rayas blancas. 2, 3 líneas blancas, rectas, largas, como rayas de campo de deportes: 2, 3 rayas blancas sobre un extremo del amplio pizarrón sin marco que el automóvil dilata en cada nuevo kilómetro. Así la Nazaret del primer horizonte.

Luego las 2, 3 rayas blancas se han segmentado, han engrosado, se han ido levantando desperezosamente. Para estar ya de pie, alegres —lavadas y empolvadas— cuando tocamos la meta de Nazaret.

Gran higiene arquitectónica está de Nazaret. Pueblo de paralelepípedos blancos.

Sobre los que el cielo ha desarrollado su hule azul, húmedo aún de la nocturna zambullida marina. El aire, limpio, ágil, salado. De los aires recién bañados en el baño grande del Océano.

Aire y cielo pulen las formas, delimitan los objetos. Hacen que todo sea visto con esteroscopo.

Un oriente joven, hondo, puro, ha trazado las rayas blancas, ha desarrollado el hule azul, ha empujado este aire limpio sobre Nazaret. El oriente más fino, más auténtico, de los verdaderos orientes, ha construido este paisaje silencioso, hermético, frío. Hecho de bruñidas masas rectangulares. Para la Kodak de Herbin o la Ica de Radërscheidt.

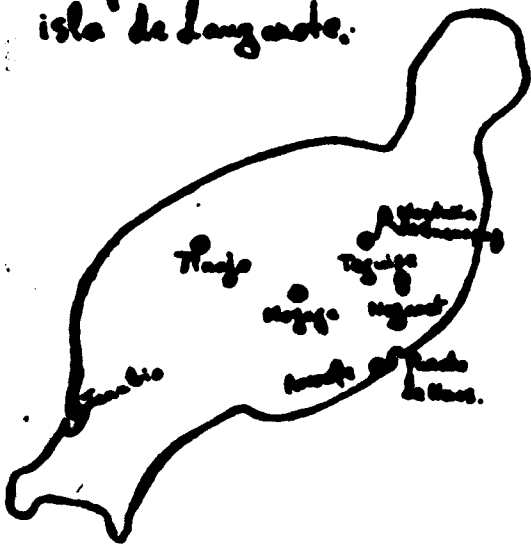
El paisaje de Nazaret expone perennemente su gran geometría de horizontales. Ni el árbol —bajísimo, enano, como chafado por el propagandista de lo horizontal— rompe aquí el equilibrado horizontalismo. (Frente al chopo de Castilla —er-

guido, vertical— se acuesta la higuera horizontal de Ye.)

Hasta unas nubes bajas que la tarde ha traído sobre Nazaret han ido buscando el paralelismo de sus aéreos prismas imperfectos del cielo con los paralelepípedos perfectos de la tierra. Las casas de Nazaret piensan entonces que se están mirando en el espejo.

MOZAGA

Mapa de la
isla de Langoste.



Mozaga es la hermana menor de Nazaret. Arquitectura idéntica. Sentimiento análogo. Sólo, una inquietud de pueblo descolocado, de barco presto a zarpar para Oriente.

(Mozaga resuelve su paisaje en dinamismo potencial. Nazaret, en estatismo efectivo, de piel y corazón.)

Se nota que es absurda la situación geográfica de Mozaga. Que su meridiano no es aquel. Que es su cielo como un techo de la alcoba del hotel de turistas.

Viera, a pesar de su gran intuición histórica, no se aventuró a dar una explicación a un fenómeno más próximo, tal vez, a lo selvático de la Meteorología que a lo

parquesco de la Historia. Tal vez, por eso mismo.

Sobre la situación geográfica de Mozaga. Sobre el por qué, aun hoy, a fines de 1929, la primigenia localización moza-guiana persiste. Mis soluciones respectivas. Exactas. (Integralmente. Claro. Por otros caminos, no creo que llegáramos de manera razonable al sitio del acierto.)

Dicen que Atlante. Bueno. Pero yo he creído siempre que Lancelot. Cojo ya —y ciego— ¡qué doloroso su caminar por la noche vasta de sus días! Relleno su pretérito de auroras de lector solitario. Sobre todos sus pesares pesaba el gran pesar de no poder jugar a los dados. ¡Su único juguete del otoño! Lloró largamente sobre el cuero y el marfil inútiles. Empuñó el cubilete y lanzó los dados a los aires.

Así, Nazaret y Mozaga. Dados del mismo cubilete las casas de Mozaga y de Nazaret. Dados del cubilete lancelótico. Aún se aprecian en las paredes de las casas de

Nazaret y Mozaga las huellas dactilares del magno señor.

Y hasta aquí el problema primero.

Para el segundo, sólo el viento NE. Unico exponente. Causa total. Incógnita meteorológica. Sin el viento NE. las casas de Mozaga y Nazaret estarían reunidas hace ya mucho tiempo. Sería Nazaret un pueblo completo: Perdería Mozaga la categoría de pueblo a la mitad que tiene hoy.

Nazaret espera infantilmente el anclar de Mozaga. Aguarda confiada un galopar dadil. Tiene fe en los destinos. Cuida sus casas para el día grande. Hace al viento NE. peatón de los pliegos jacobinos para la hermana occidental.

En las siestas lejanas del viento NE. las casas de Mozaga han podido caminar unos kilómetros hacia Nazaret, entre el estupor incomprensivo de los mozaguianos. Pero, a las pocas horas, el viento NE. llevaba de nuevo a Mozaga a su situación primigenia.

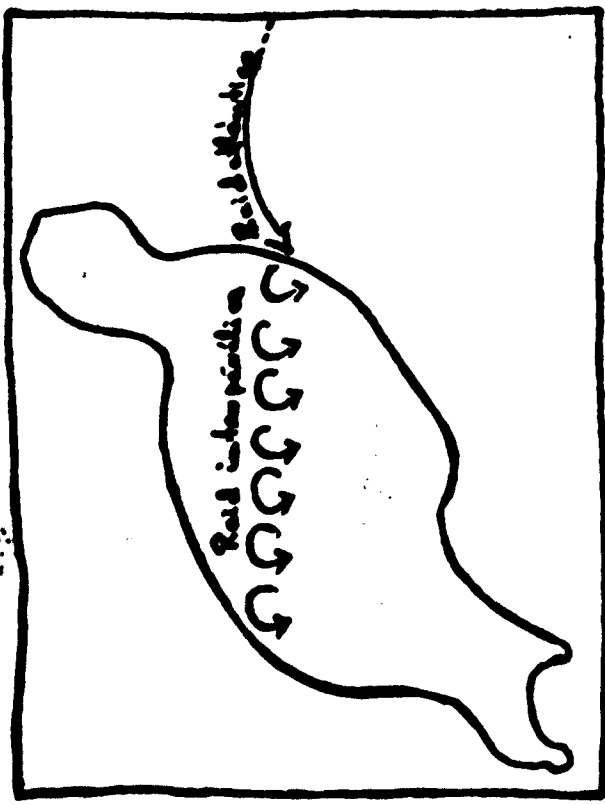
Sopla fuertemente el viento NE. sobre

las casas de Mozaga. Es ya como su preocupación única.

Mozaga —la hermana menor de Nazaret— aguarda esperanzada el momento de la liberación. Arenga a sus casas con frases de los pliegos nazaretianos.

La impresión inicial de Mozaga es la de un grupo de corredores que espera la salida de la carrera metada hacia el oriente.

BIOLOGÍA DEL VIENTO DE LANZAROTE



A Luis R. Figueroa.

El viento ha sido siempre, sobre todo, un gran cazador de retórica. La retórica es su área de acción. Su objeto único. Sin ella tiene que hacerse aventador de arena —viento del desierto— o de agua —viento del mar—. Los geógrafos, eludiendo su estudio biológico, han llamado simún o tempestad marina a estos instantes de desorbitación —arretóricos— del viento.

El viento de Lanzarote busca retórica inútilmente. Tiene unas tardes largas en las que da suelta a sus entusiasmos inútiles de rebuscador de retórica. El viento de Lan-

zarote apuñetea el éter. Se descoyunta en el vacío.

Bien quisiera él árboles altos, de borrominiano ramaje; palacios de balconería fastuosa, patio envitrado y puntiagudo techo chinesco. (Árboles que desnudar violentamente. Tejados chinescos que destejar. Casas de balcones descolgables.) Pero nada de esto tiene. Las higueras de Ye se burlan de sus gritos dramáticos. Las casas le enseñan su arquitectura simple. Desdibujan las azoteas la decorativa tapa piramidal.

Sucedió lo siguiente:

El viento de Lanzarote tuvo unas vacaciones saháticas. Aprendió allí a jugar maravillosamente con las arenas. Hacía un montículo. Luego lo trasladaba de un lugar a otro. Sentía el placer de ocultar un oasis con su cono de arena y jugar —luego—

al escondite con las caravanas. Enterrar camellos con sólo dos giros de su danza desértica.

Pero todos los juegos llegaron a cansarle. Sintió que un alma heroica le latía insospechadamente. Las albas silenciosas de Egipto —la idea del *record* confeccionábale escalonados insomnios— sorprendieron su actitud enhiesta de discípulo aventajado de las tres pirámides.

Y una mañana. Comenzó el duro entrenamiento oceánico. Silenciosamente. Rebosando la alegría del triunfo laborante. Anunciaba —auroras después— el gran *raid* extraordinario Africa-Lanzarote.

Un áureo aletear de arenas estrujó la siesta nueva del Atlántico. Naufragó el sueño de los pájaros blancos que no han tenido nunca albas. Se embanderó el mar de desperezos flotantes de los peces noctámbulos. El *recod* alcanzaba su máxima categoría épica. Los centinelas lancelóticos vieron aterrizar aquel avión extraño que se

rompía en el aire. Que sólo estaba nuevo después de los aterrizajes.



En el heroísmo hay una relación hermética del héroe con el escenario de los hechos heroicos. Tiene cada héroe su escenario propio, único. Fuera de él, tropieza en cada piedra, choca contra cada nube baja. Hay héroes únicamente del mar. Hay héroes únicamente de la tierra. Odiseo es héroe específicamente marino. Sus hazañas en torno a Troya son insustanciales. Cuando, en el retorno, entra en el mar de la Odisea se encuentra ya en su área. La llegada a Itaca es sólo un pretexto para dar una tregua a las aventuras marinas. Un descanso de las heroicidades. Roland y el Cid —héroes de la tierra— no los comprendemos viajeros trasoceánicos. Nos parecerían Núñez de Balboa y Juan Sebastián Elcano, con disfraces de guerreros de la

Edad Media. Los griegos —héroes del mar— triunfan siempre frente a las naves persas. Los persas —héroes de la tierra— necesitan, para su derrota continental, la aparición del gran héroe de héroes de la tierra: Alejandro. La Edad Media, época de exaltación del héroe térrico, siente a Alexandre y olvida a Odiseo. (Don Quijote es probablemente un héroe del mar. De aquí sus derrotas de aventurero por tierras de España. Va a Barcelona a la busca del mar —conquista de Persiles— que nunca alcanza.)

El viento de Lanzarote es héroe estrictamente marino. Su área de acción late sobre el mar exclusivamente. Coincide su fenómeno con el fenómeno de la lírica canaria, según la afortunada lección de Valbuena Prat, primer teorizador severo de nuestra poesía.

El viento de Lanzarote es el Cairasco

aéreo. En el mar, todos sus gestos se heroídan. En tierra, su heroísmo se quiebra. Su galopar tiene brisa de trotar ruciesco. Su gran salto heroico sobre el Océano deviene, tras el arribo a Lanzarote, rudimentarios saltitos de titiritero. El maravilloso pájaro de alas veloces que era el avión arenoso del Atlántico, tórname luego en torpe palmípedo. Vuelos de pato son sus vuelos audaces de la isla.

El viento de Lanzarote tiene su pista veraniega para el gran salto atlético Africa-Canarias, de vencedor.

Ya insularizado —rebotante del marino triunfo— ensaya una vez más el *raid* interparálco sobre la isla. Adelanta el gráfico exacto de la trayectoria. Y, otra vez, los saltos palmipédicos: la derrota continental de hermético héroe oceánido.

(Yo resuerdo una tarde demasiado próxima aún. En un viraje, el automóvil rebuscó una forma de matarme. Atravesado en la vía estrecha—prueba de *Gyncana* im-

prevista—el avión arénico de la Casa Sahara. Caído tristemente. Enseñaba su pesada arquitectura. Sobre las tierras planas repetía el viento de Lanzarote sus inmovilidades antiguas de soñador en Egipto. Unos obreros intentaban —entre una algarabía rutilante de palas— arrastrar el caído avión fuera de la pista.)



Este vuelo interparálco, laborioso, del viento de Lanzarote, repleto de aterrizajes violentos y de meses, tiene siempre el final desconsolado de las cosas logradas fuera de tiempo. Le sabe la meta a fruta demasiada madura: a juguete comprado cuando ya no se puede jugar.

Frente a los campos azules de la postmeta mide el viento de Lanzarote su derrota de aeronauta absoluto de los mares. Arroja el avión inútil al Océano.

Luego se dice:

—Has perdido el caballo de las cien

caídas. Vuelve feliz a tus correrías de escolar sin Liceo. Para las Navidades comprarás otro nuevo en los Magasines del Sahara. Ahora, hazte cazador de higueras y viñedos incazables. Descuelga el balcón indescolgable de la botica de Pedro Medina. Destapa las casas sin tapadera de Lanzarote. Desfigura los gritos de los gallos. Silba tus músicas de la medianoche. Entra por la ventana entreabierta de la habitación n.º 5 del Hotel Oriental de Arrecife y dirige el *ballet* de las cuartillas que Agustín Espinosa escribe sobre tus dolorosos valores.

ELOGIO DE LA PALMERA CON VIENTO

Bien —palmera con viento de Lanzarote—; bien.

Tú tenías envidia de los molinos y de los girasoles. De las ruletas y de los tívivos. De los astros con sistema y de los viajes de circunvalación. De las hélices. De los discos de gramófono. De las ruedas azules de las fábricas. De todo lo que gira, de todo lo que voltea incansable, tenías envidia.

Bien —palmera con viento de Lanzarote—; bien

Y por eso llegaste a Lanzarote, isla de viento perenne: isla de alisios. Plantaste en ella tu tienda de campaña. Y ahora has superado a todas tus envidias antiguas: a

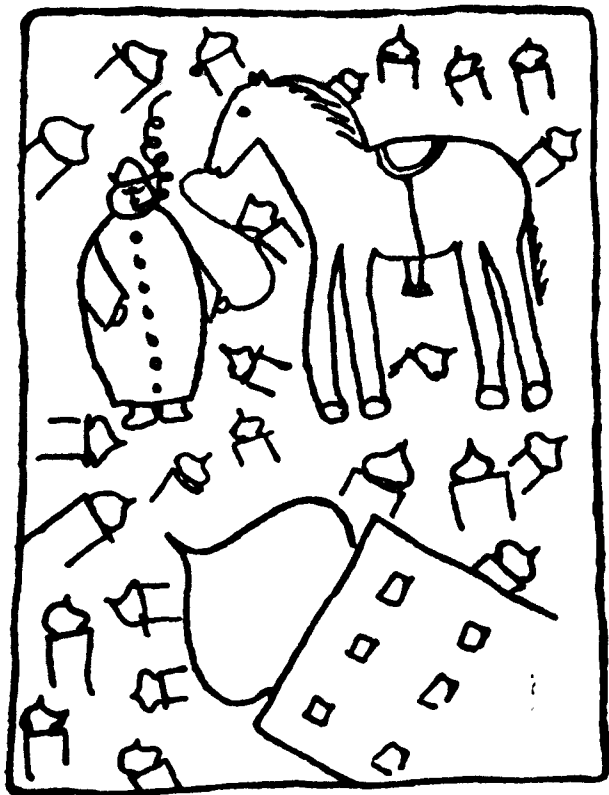
los molinos de viento y a los girasoles; a las ruletas y a los tiovivos; a los astros con sistema; a los viajes de circunvalación; a las hélices; a los discos de gramófono; a las ruedas azules de las fábricas. Eres ya la primera entre todas las cosas que han aprendido el arte de la voltereta alrededor de un punto absoluto.

Ahora eres tú —palmera con viento de Lanzarote— la envidiada. Por tu color alegre. Por tu honestidad. Por tu amateurismo significado.

Dejas que tus brazos verdes volteen bajo el viento. Ejerces un deportismo puro. Eres —hoy— la única hélice, el único tiovivo y la única ruleta que gira solamente por girar.

Bien —palmera con viento de Lanzarote—; bien.

TINAJO O EL BIZANTINISMO



Cantol de Tinajo

Las palmeras de Tinajo son las palmeras que hacen mejor la rueda. Esconden su orientalismo mítico, para descubrir el tema horizontal de las higueras y de los viñedos. Pero más que palmeras enanas son molinos experimentales. Verdes molinitos de juguete. Preciosos paradigmas fitográficos para ensayos maquinistas de los Leonardos de Lanzarote.

Molinos verdes. Molinos vegetales. Enanos de barbas giratorias, cabeza calva y pies subterráneos. Aprendices de molino. Muchachos jugando a los molinos sobre la baya estepa descamisada.

Molino: signo de Occidente. Palmera:

signo de Oriente. Las palmeras de Tinajo—las palmeras que hacen mejor la rueda—han sumado los dos signos para avisar el bizantinismo cercano. Son los carteles anunciadores de la exposición bizantina de Tinajo.



Nazaret tiene su definición específicamente oriental, en el extremo oriente de la isla. En el extremo occidental—Tinajo—la categoría oriental se mezcla con otra categoría que descende del Oeste. Así aparece este arquetípico bizantino que expresa en aspectos dispersos el pueblo más occidental de Lanzarote: Tinajo.

El bizantinismo de Tinajo está repartido, fundamentalmente, en cuatro sumandos: 1) Iglesia. 2) Cura. 3) Casa cupular. 4) Chimeneas.

Estos cuatro puntos cardinales, en mi percha de cazador de estilos. Atornillados

en la mesa de las analogías. En libertad sobre el escenario de los caracteres.



Muchos cielos de alba de Lanzarote han sido pintados por Correggio. Sobre las tardes quietas del puerto de Arrecife el pincel de Puvis de Chavannes se disfraza de más-til o de botalón. Las Montañas del Fuego se espejan en los lienzos de Rousseau y de Schrimpf.

Ante la iglesia parroquial de Tinajo, arte italiano, alemán o francés no valen. Es necesario pensar más al Este. Primero en Rusia. Después en el Monasterio de Troitzaya. Un Monasterio de Troitzaya sin cúpulas. ¿Entonces? Entonces, queda la techúmbrica prolongación de Troitzaya. Queda la arquitectura general. Quedan, sobre el tejado, las huellas de las cúpulas. Queda el aroma cupular. Queda el recuerdo.



Quando mi convencimiento de las hue-

llas cupulares se romantizó, pregunté por la casa del cura de Tinajo. El, únicamente, podía revelarme el secreto de Tinajo. El me enseñaría la pista de las cúpulas. Pero el cura de Tinajo no estaba en Tinajo. Galopaba hacia Tao desde hacía una hora. Galopaba sobre su gigante caballo cobri-
zo. Galopaba bizantinamente. Cómo sólo él sabe galopar en Lanzarote.



Tomás Romero—el cura de Tinajo—ha sido sucesivamente monago, sacristán y chantre de la iglesia de Tinajo. Ahora es párroco. Pero no ha olvidado el monago, el sacristán y el chantre pretéritos. Tiene sonreír monaguil. Tiene donosos ademanes sacristánicos. Tiene templada voz de chantre maduro. Canta el Introito, agita la campanilla, enciende las lámparas y eleva el cáliz con fervor. Y todo lo hace excelentemente. Tan excelentemente, que si hubiera cursado fregolismo podría officiar él solo

hasta en la misa grande del día de Corpus.

Ha vivido desde tan temprano en la iglesia de Tinajo que es ya como un auténtico aditamento eclesiástico. Su palabra, órgano. Su reir, campanario. Su sombrero, cúpula. Incensario su pipa.

Tomás Romero tiene el aroma de su iglesia. Tiene su arquitectura. Un buen observador hubiera presentido el bizantinismo de la iglesia de Tinajo después de una charla rumorosa con Tomás Romero.



Tomás Romero galopa desde hace una hora hacia Tinajo. Ahora está ante mí. (Ha frenado su prodigioso caballo. Vacilan los cascos un momento. Se afirman luego enérgicamente).

Sobre las seis baldosas centrales de la Plaza de la Iglesia de Tinajo, Tomás Romero y su caballo son la estatua ecuestre que necesita Tinajo para su gran plaza desnuda.

(Yo torno a Rusia. Arranco de su tarima de piedra la estatua ecuestre de Iaroslav, el Sabio, y la traigo hasta Tinajo. Pongo junto al jinete de Lanzarote el jinete ruso. Junto al caballo ruso el caballo de Lanzarote. Pregunto a la estatua ecuestre de Tomás Romero; •¿Conocieron ustedes a Antokolsky? Tomás Romero fulmina su negación sonora, sin mover la cabeza. El caballo de Tomás Romero—¿cómo se llamará el caballo de Tomás Romero?—alarga su enérgica cabeza sobre la cabeza enérgica del caballo—¿cómo se llamaba el caballo de Iaroslav?—de Iaroslav. Yo pienso en Rousseau y en las Montañas del Fuego; en Correggio y en los cielos de Lanzarote; en Puvis de Chavannes y en el puerto de Arrecife.)



Tomás Romero está ahora junto a su caballo. En una mano el sombrero. En la otra naufraga mi mano minúscula. Tinajo

ha perdido su estatua ecuestre. A la izquierda, un caballo. A la derecha, un cura. El caballo, al perder el jinete, sigue siendo caballo. El jinete, al perder el caballo, es primero un cura, luego un pope.

A esto es a lo que yo quería llegar: al pope. Esto delimita más la catalogación bizantina de Tomás Romero. Tomás Romero es—ante todo—un pope. Este nombre le define mejor que el parroquial. (Nuevo viaje a Rusia. Popes de Chejov. Popes de Andreiev. Popes de Dostoiewski y Korolenko. Por eliminación, el grueso y alto pope de «El sueño de Makar».)

Tomás Romero es más grueso y más alto que el gran pope de Korolenko. Tomás Romero es el mayor pope entre todos los popes. Tomás Romero y yo—el uno tan al lado del otro—escenificamos el gigante y el enano barracal de las ferias. Yo le llamo instintivamente, pope: «Escúchame, buen pope». Yo le digo: «¡Qué grande eres, Tomás Romero!»

Tomás Romero, sonríe, manotea el aire. Tuerce su sombrero sobre la oreja derecha, sobre la oreja izquierda. Inflama la pipa en cada aspiración. Sus frases tienen música en los extremos. Cada una de sus tres vidas anteriores aparece y desaparece a cada momento. Su vida actual la procenia a ratos en el traje. Dentro de Tomás Romero pope hay un cura, un chantre, un sacristán y un monago. Los cuatro personajes hacen mutis y entradas deliciosas.



Tomás Romero me ha regalado hoy el secreto de Tinajo.

Tomás Romero habló así del viento: «¡Fabricante de naufragios! ¡Enemigo de Cristo!» (Hinchaba los carrillos al decirlo como el mismo Eolo no los ha hinchado nunca.) «Se llevó un día una cúpula. Luego otra. Luego otra. Pero Nuestro Señor estaba velando. Su mano detuvo al ladrón en la tercera huída». Y Tomás Romero ha

señalado entonces—su gran índice sobre mi cabeza—un caserón blanco, altísimo—castillo guardador de Tinajo—, tocado de una cúpula de severa línea bizantina. Para certificar el milagro, las casas de Tinajo—ha continuado—han hecho de cada azotea un jardín. Cada casa cultiva su cúpula joven. Y ahora el índice de Tomás Romero andaba sobre las chimeneas de Tinajo.

Todas las chimeneas—las infinitas chimeneas—de Tinajo tienen fórmula cupular idéntica. La gran cúpula bizantina del alto caserón de Juan Cabrera mira desde su atalaya a las chimeneas—a las innumerables chimeneas—de Tinajo, y les impone su marca de fábrica.



Una ola de viento atraviesa la Plaza de la Iglesia de Tinajo. Se lleva el sombrero de Tomás Romero hasta la cima de una pilastra blanca. Tomás Romero extrae de sus bolsillos diez, catorce, veinte sombreritos

diminutos. Los reparte, silenciosamente,
por los bancos de piedra de la plaza.

Tomás Romero ha metaforizado el se-
creto de Tinajo.

Yo—espectador regocijado—asisto a la
apertura de la exposición infantil de su me-
tafóra. ❄

TEGUISE Y CLAVIJO FAJARDO

A Azorín.

La floración más fuerte de la literatura de las Islas Canarias se produjo en el siglo XVIII. En Tenerife y en Lanzarote, fundamentalmente. El Puerto de la Cruz, escuela de la erudición humanística de nuestro Setecientos, nos dió a los Iriarte: Don Tomás, tan representativo en su aspecto fabulario de la centuria neoclásica; Don Juan, signo máximo de la crítica española más próxima al Novecientos. El Realejo Alto nos dió a Viera, primera piedra básica de nuestra historiografía, gran erudito de la serie brevísima de los Burriel y de los Flórez. La Orotava, a Oradliano Alfonso,

poeta del recocó mas puro, eglógico auténtico del fin de siglo.

Teguisse, a Clavijo y Fajardo.



Teguisse es un pueblecito alegre, rumoroso, que hace girar su rueda de colores frente a la blanca arquitectura general de la isla. Acostado, confiadamente, al pie de una montaña encastillada, sin temor de peligros inéditos, su sonreír es el del niño durmiente de los cuadros, protegido sobre el precipicio por las alas fáusticas del Angel de la Guarda. La montaña de Guanapay es el Angel Custodio de Teguisse. Por ella, sonríe confiado el pueblo de las mujercitas de andar jaguarino y largo mirar de novias de «film» yanqui. Por ella, una aurora de claridad perenne juega a los moros, entre un sonar de campana de leyenda y un correr regocijado de película de Harold.

Sobre la montaña, el castillo de Santa Bárbara pone su nota tradicional. De una

tradición de incursiones africanas que el Romancero de las Islas ha cantado con sentimiento propio. Dando categoría atlántica peculiar a un tipo de romance exactamente canario.

Mañanita de San Juan,
como costumbre que fuera,
las damas y los galanes
a bañarse a las Arenas.

Laurencia se fué a bañar
sus carnes blancas y bellas.
Vino un barquito de moros
y a Laurencia se la llevan.

En este pueblo—Teguise—jovial y esperanzado, nació José Clavijo y Fajardo. Hacia los finales del primer tercio del siglo XVIII (1).

Esa fianza en sus destinos, esa tranqui-

(1) 1726-1806. Su obra: *El Tribunal de las Damas, Pragmática del Zelo, El Pensador* (semanario), *Los Jesuitas reos de lesa majestad divina y humana*,

lidad, de escolar con Angel Custodio, de Tegui-se, explican una gran parte de la obra y de la vida aventurera de Clavijo y Fajardo. En esa escuela sin maestros del fiar, el hijo del parto más jubiloso de Lanzarote aprendió a saltar audazmente los dobles obstáculos peligrosos de la vida. En sus correrías de infante por las calles de Tegui-se, recogió Clavijo y Fajardo la prodigiosa cosecha de valentías confiadas, futuros salvavidas para los naufragios imprevistos de los días.



La obra de Clavijo y Fajardo —en Clavijo más que la obra interesa la vida— está constituida, esencialmente, por los seis volúmenes de *El Pensador*, índice del último momento filosófico europeo. Siguiendo

Diccionario castellano de Historia Natural. Y traducciones de Buffon, Masillon, Racine, Voltaire, Pluquet, etc. (Véase mi tesis doctoral: Ensayo de una biografía de José Clavijo Fajardo).

las nuevas rutas abiertas en Inglaterra por Locke, en Francia por Voltaire. Con una producción tímidamente roussoniana. De mayor equilibrio. Pero, sobre todo, sin Rousseau.

Dentro de la literatura española, más que fin de una *suite*—Huarte de San Juan > Sabuco de Nantes > Clavijo — es mediana: Feijóo > Clavijo > generación del 98 (1).

Labor europeizante—ante todo—fué la suya. Ensayo prematuro de incorporación de España al momento cultural europeo de su época. Colgando en plano precenial los errores españoles, sobre un veloz desfile de claros horizontes europeos.

Así. Casi al mismo tiempo que Carlos III pintaba el magno cartel de la expulsión de los Jesuitas, la musa volteriana y europeí-

* (1) Mediana: signo exacto de su literatura: *República literaria* > *Diálogos de Plutón* > *Derrota de los pedantes*; *Sueños* de Quevedo > *El Pensador* > costumbristas del XIX: explicación de Larra.

zante de Clavijo y Fajardo, lograba el primer tanto auténticamente europeo de cultura: la prohibición de los autos sacramentales. Una decena de ensayos, animados de la brisa esperanzada de su villa insular, bastaron para extinguir — triunfo antiespañol — en España la mitología católica escenificada, en su momento de degeneración barroca del XVIII.



La popularidad europea de Clavijo y Fajardo (no la española) se la ha dado, principalmente, una aventura. Que los franceses y alemanes han denominado el «caso Clavijo». Que la literatura española llama el «caso Beaumarchais».

Me refiero a la famosa aventura con el autor del *Mariage de Figaro*.

Clavijo y Fajardo, viajero curioso por la Europa de la prerrevolución, íntima en París con una flamante francesita: Mademoiselle Luisa Carón, hermana de Agustín Ca-

rón de Beaumarchais, secretario de Luis XV y uno de los valores más exactos de la literatura francesa del siglo XVIII.

Razones de la caprichuda ruleta del vivir obligan a establecerse en Madrid a una hermana casada de Lisette, el *flirt* casi olvidado de Clavijo. Con su hermana y su cuñado viene Luisa Carón a Madrid.

Reanúdanse entonces las deleznadas relaciones entre la damita francesa y el escritor de Lanzarote, ahora novios madrileños de la calle de Alcalá y de los Jardines del Buen Retiro.

El amor va cada vez más, subrayando ademanes embaucadores de comisionista. Todo el Madrid versallesco del siglo XVIII es escenario de aquella comedia de amor: María Luisa Carón, la hermana del secretario del rey francés; José Clavijo Fajardo, el archivero del monarca español: el niño guapo de Lanzarote, conquistador de galas damitas enmadrileñadas: el inspirador de Goethe el trágico y de Loménie el eru-

dito: el donjuan español del Setecientos. Nuevo nombre que atar a la lista de los donjuanes de la Andalucía: Tenorio, Maflara, Clavijo.

Pero no para aquí la aventura. Clavijo mide pronto la abulia de los amores con Lisette. Da a las bodas esa serie de plazos nuevos que el burlador busca siempre frente a la burla. Los periódicos de la Corte anuncian pasmosamente aquella boda que una causa desconocida hace siempre aplazar. Y, al fin, el abandono de Clavijo. Y el desconsuelo, de niña sin marido, de la francesita.

La hermana de Lisette escribe entonces a París. Da cuenta al hermano ilustre del «caso Clavijo». Beaumarchais, con la venia de su Rey, viene a España, nuevo Cid francés, a vengar francesamente el deshonor de su casa.

Llega a Madrid. Se entrevista con Clavijo. «Yo—le dice—no soy el hermano de las comedias que vengo a obligarle a un

matrimonio que deseo menos que usted. Aunque usted quisiera yo impediría ahora un matrimonio que me avergüenza. Yo he venido, únicamente, a laborar para usted el descrédito que pueda equilibrar el que usted ha laborado para mi casa». Pero el periodista de Lanzarote no se deja embaucar fácilmente. Se baten Beaumarchais y Clavijo. Beaumarchais consigue la expulsión de Clavijo del Archivo Real y de la Corte. *El Pensador* está tres años sin publicarse.

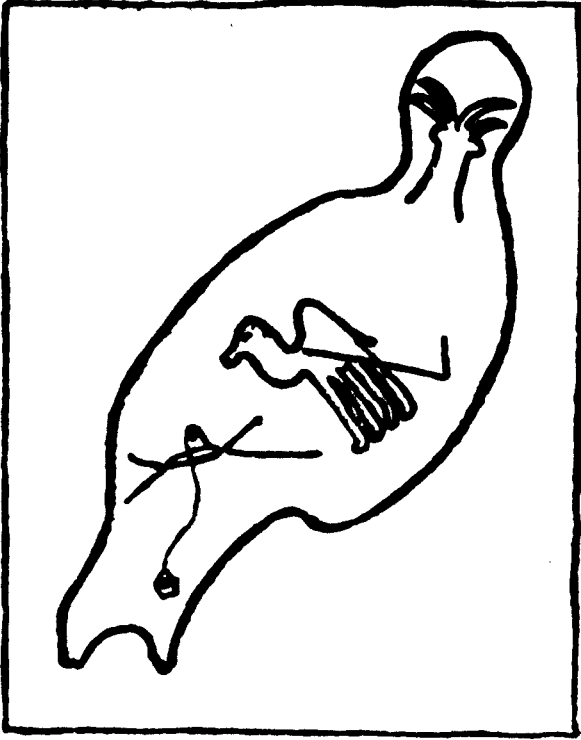
Pero María Luisa Carón muere en Royale (Picardia), soltera, en un convento. Y Clavijo, en Madrid, ya octogenario, Director jubilado del Real Gabinete de Historia Natural.

Esta, la aventura de Clavijo y Beaumarchais. Sobre ella, Goethe, la primera cabeza de la intelectualidad alemana de todos los siglos, escribe su tragedia *Clavijo*, en la

que hace morir al escritor de Tegúbe a manos de Beaumarchais, ante el cadáver de la amada antigua. El mismo Beaumarchais construyó sobre su desgraciada aventura de Madrid el *Fragment de mon voyage d'Espagne* y la comedia *Eugenie*. El caso *Clavijo* fué posteriormente tema de hasta tres tragedias francesas: *Norac et Jovalci* (1785) de Benito José Marsollier; *Clavijo o la Jeunesse de Beaumarchais* (1806) de Michel Cubières-Palmezeau; *Beaumarchais a Madrid* (1831) de M. León Halèvy.

La intelectualidad europea más curiosa del fin de siglo siguió con inquietud la alta disputa entre el critico alemán Bettelhein, exaltador del *Clavijo* goethiano y el periodista parisino M. Paul Albert, defensor del *Clavijo* de Marsollier.

**ELOGIO DE LA
CISTERNA CON SOL**



A Antonio Pintor, mi maestro de dibujo.

Guardaba para tí—cisterna de Lanzarote —mi elogio tercero.

Después del camello, y después de la palmera, sólo quedabas tú por elogiar.

Tu cuerpo blanco. Tu agua honda. Tu cubo de latón amarrado al extremo de la larga cuerda. Tu puerta horizontal, espejo de cielos, de sediento y de barbas de ro-bador de agua.

Junto a la palmera que hace voltear sus brazos, junto al camello que arrastra el arado, estás tú, cisterna soleada de Lanzarote. En el mapa integral de una isla de paramera, de alisio y de sol.

PUERTO DE NAOS

A Carlos Sáenz.

Pensión de veleros.

Úlcera de Debly.

Exposición de mástiles.

Redondel azul plata.

Taller de Lorena.

Oasis del océano.

Diccionario de jarcias.

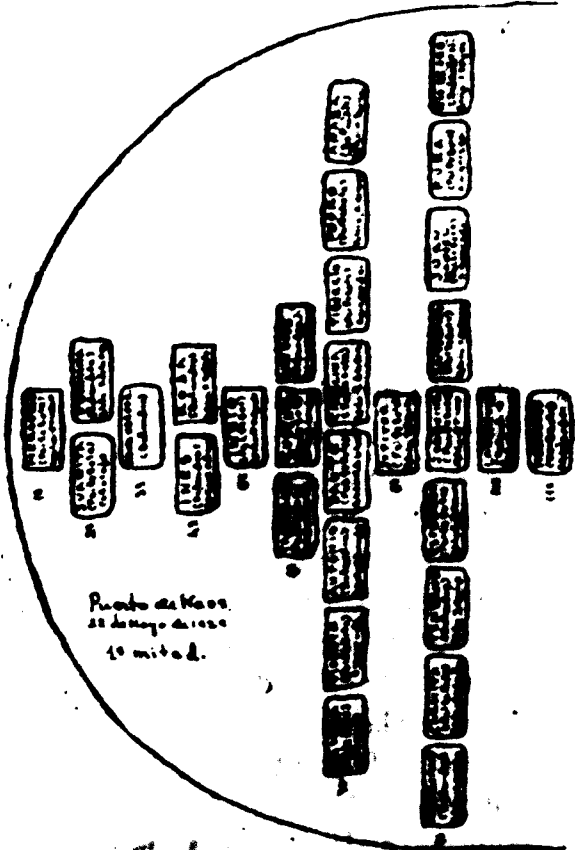
Espejito de calle, de la luna.

Niñez de lago.

Aprendiz de puerto.

Oficina de África.

Sabañón endémico del Atlántico.

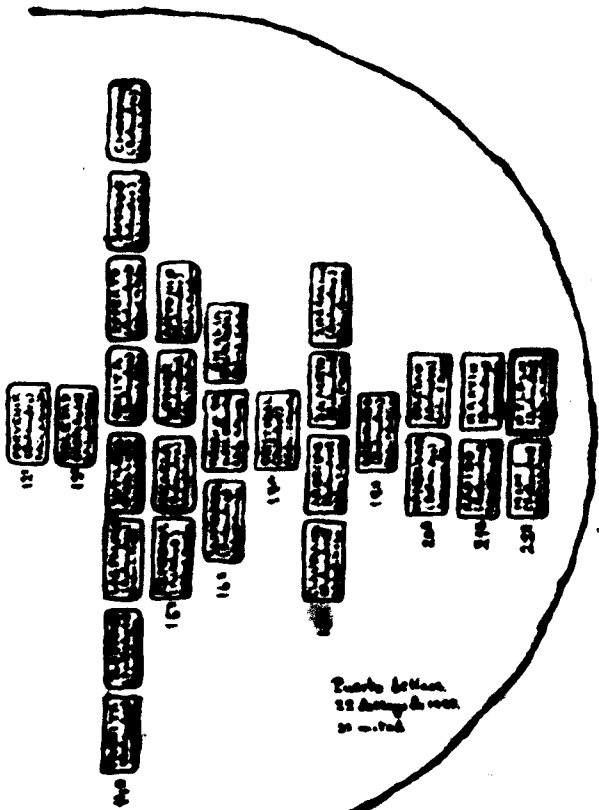


Puerto de Naos representa el triunfo de la Isla sobre el Continente. La contestación meditada a las incursiones moriscas de antes de ayer. Puerto de Naos devuelve hoy, siguiendo pautas vitales del Novecientos, la bárbara visita de Africa. Trásvasa a Canarias la fauna marina del occidente sahárico.

Puerto de Naos es un muchacho juicioso que aprende el Abecedario bajo las estrellas. Que estudia geometría sobre la pizarra circular de su mar de plata. Que bajo nubes abigarradas y soles bárbaros da al Atlántico lecciones de virtuosidad.



El tonelaje ordena los barcos de Puerto de Naos. Los clasifica y uniforma. Construye las filas. Desromantiza la bahía. (Tú—hombre del siglo XIX; cazador de lo pintoresco—: esquivas puertos de esta clase. Este puerto no se parece ya a tus puer-



22 frames
 22 frames
 22 frames

tecitos románticos. Aquí todo está ordenado. Clasificado. Los barcos parecen más papeletas de un fichero que aventureros del océano.)



Yo amarro en Puerto de Naos mis crisis de cartabón o de simetrismo. Me complazco en el ejército organizado de sus barcos. En sus 22 categorías. En sus 26 balandros. En sus 10 balandras. En sus 24 pailebotes.

Entre los pailebotes distingo el *Mercurio*, modelo para "film" marino de la Ufa. Entre las balandras, el *Delfín*, marinera joven sobre las olas más altas. Entre los balandros el *Lanzarote*, que en la 10.ª categoría expone su enhiesta arboladura única.



Puerto de Naos = PUERTOS DE NAOS =
puerto de naos.

JANUBIO: I) EL LAGO

1

Lanzarote ha hecho estépicos sus campos para empujar sus hombres hacia el mar. Del mar espera Lanzarote todo. Nada, de la tierra. Lanzarote fabrica trampolines y trajes de marinero, para darle color más digno a su vida. Reparte su fervor marino en gestos dispersos—telas de Tinajo, el viento, exvotos de Mancha Blanca—. Pero el gesto máximo—su exponente efectivo—lo expresa sólo el lago de Janubio.



El lago de Janubio es el sentimiento marino de Lanzarote hecho realidad. Un pedazo de azul robado al Océano. La res-

puesta tímida de la isla al abrazo redondo del mar.

El lago de Janubio tiene una vía ancha hacia el Océano. Tiene patos chilladores. Tiene, además—a su espalda—salinas. Por la vía ancha hacia el Océano, entra la sal nueva que necesita el lago de Janubio, para tener salinas a su espalda. Por la vía ancha hacia el Océano, entran también esos pescados de nombres tan diversos—herrereras, roncadores, galanas, zaifios, catalinetas, lebranchos, longarones—que necesita el lago de Janubio, para tener patos—patos chilladores—en su casa.

Esto podía bastarle al lago de Janubio: sus salinas, como una ordenación—filosófica, pictórica, fonéticamente—de cadinas rubias tras de su sultán; sus patos, que imitan el claxon sobre los crepúsculos y se miran en el espejo salado a la hora de comer.

Pero el lago de Janubio ha querido tener también su fiesta de magia. Aliado con el

viento, obtener el espectáculo perenne que únicamente esa alianza podía traerle.

Ha llamado al viento y le ha dicho:

—Sobre mi panza, sobre la panza redonda del mar, sabes mover, deliciosamente, barquitos de una sola vela, barquitos de dos velas, barquitos, tal vez, hasta de veinte velas. Sobre la panza morena de la Isla, saben mover las teclas largas de los molinos. Probablemente, sabrás hacer otras muchas cosas admirables. Pero yo te invito a que ensayes conmigo el juego de manos más estupendo que nunca hayas podido pensarte. Se trata, sólo, de que aprendas a cazar mis espumas. Aprésalas cómo pueda. Llévalas donde quieras. Hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este, hacia el Oeste. Que los hombres de la Isla las vean. Tal vez no hayan visto nunca nada semejante. Creerán que son pájaros blancos. Tú les dirás que son pájaros blancos, hijos del pato más albo y de la ola más salada del lago.

Y el viento:

(—¿?)

Pero pulsaron haces de mínima los taxímetros de los molinos. Los viñedos pudieron asomarse alguna vez al balcón.



De las aguas del lago de Janubio vuelan hacia la playa, vuelan perennemente, en giros rápidos, en giros suaves, millares de pájaros blancos. Que el viento empuja perennemente sobre las salinas. Sobre la playa breve. Aun más allá.

II) TEOREMAS CON, DE, EN, POR, SIN, SOBRE, TRAS LAS SALINAS.

1

Nadie ha estado jamás, de noche, en las salinas de Janubio. Es muy peligrosa la aventura. Por eso no se yo, exactamente, cómo son las salinas de Janubio, de noche. Pero nunca he creído que puedan mantener esa ordenación tan severa bajo las estrellas. Se desperezarán. Se arrugarán el vestido y el alma. Buscarán desesperadamente esas formas extraordinarias, irregulares, que no han estudiado aún los geómetras. Se desnudarán el vestido rectilíneo y se pondrán el traje de las curvas convexas y de las curvas cóncavas.

2

¡Qué blanca, entonces!
Más blanca que salada.
Dulce de tan blanca.
(Geométrica blancura
de los soles infantiles.)

Se me quedó la boca
blanca y dulce.
Blanca, de tu leche de cristal.
Dulce, de tu sal demasiado blanca.

3

Sobre el paisaje meridional, cálido, de Lanzarote. Las salinas de Janubio. Construyen el mismo paisaje nevado de los carrros con sal, de las ermitas, de los cementerios, de las cisternas de Lanzarote. De las falsas postales lapónicas de las Navidades.

4

Pasan los carros que transportan la sal por los caminos de Lanzarote. Parecen, entonces, carros del Norte y no carros del Sur.

Tiritan los carreteros en el pescante, y agitan excesivamente el látigo sobre el pergamino falsificado de los camellos, para quitarles—para quitarse—el falso frío.

Cierran sus puertas y sus ventanas las casas de los caminos, por donde pasan los carros con sal:

Pasan los carros que llevan la sal por los caminos de Lanzarote. Tocando un cara—

•

**millo blanco. Diciendo un aire ruso que tie-
ne su paisaje propio al rozar el área bizan-
tina de Tinajo.**

5

Salada y blanca.
Desnuda de trapos de colores.
Perfecta de ordenación y de ornamento.
Mil y una.
Alumna de salinas.
Laberinto de espejos.

6

A un guiño de Venus, empieza en el lago de Janubio la pesca de la sal. Es una pesca laboriosísima. Salen de las esquinas de la costa nocturnos pescadores. Portan complicada caña de pescar, más próxima al medievo alambique de los embrujamientos que al trincepez ambiguo de los pescadores.

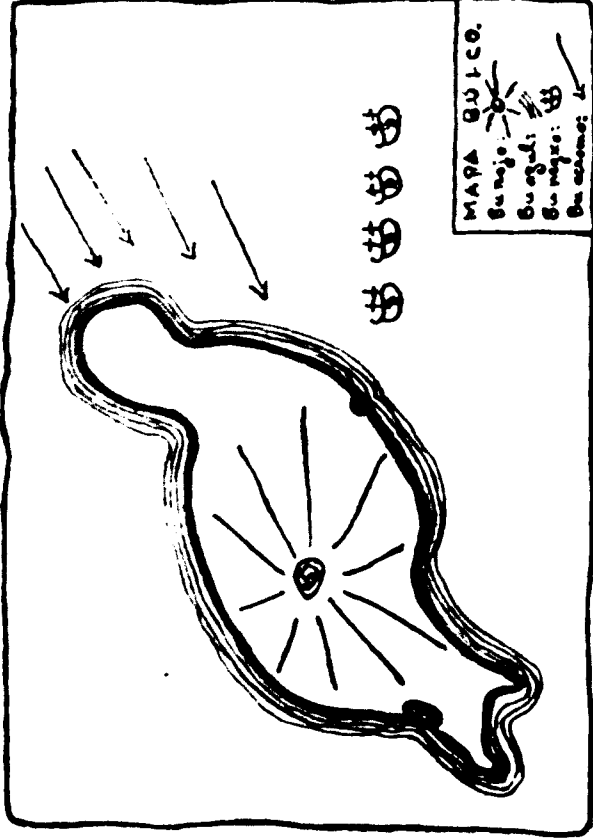
La sal desarrolla, frente a la rapiñería de los audaces anzuelos, sus sagacidades de estrella caída en el agua. Finge una lluvia de estrellas invertida. Cambia su uniforme Na por el traje Ka o por el vestido Mg.

Llega un momento, sin embargo, en que el triunfo de los pescadores se hace evidente. Entonces sale la luna, para iluminar el espectáculo. Cantan los pescadores. Forma su canto una cadena de notas en torno al lago que impide a la sal escapar hacia otros escondites mejores, huyendo de las cañas maravillosas. Bajo la linterna blanca se abren en el lago mil grifos de sal.

7

El viento viene de brazo con el sol. Trae el uno su fuelle, el otro su caldera. «Nada de guiños de Venus—dice el sol—ni de cañas maravillosas. Nosotros.» «Nada de cañas maravillosas ni de guiños de Venus. Nosotros» —dice el viento.

MAPA BUICO



Siempre. Reducir toda clasificación al módulo tetrapartito Clasificación la más cerrada. La más cíclica. Esto he pensado yo al ordenar los bus de Lanzarote. Así:

1. EL BU ROJO.

(Bu cósmico).

Evolución del primitivo dragón lance-lótico.

Mito nórdico. Bu umbilical.

Abrirá la boca—granada y llama—y hará llama y granada toda la isla. Y serán labios suyos todas las playas—plata, aluminio, cera—de Lanzarote.

Altura sobre el nivel del mar: 367 metros.

Fórmula de su movimiento: una gota de sangre sobre el papel secante de la isla.

De dentro a fuera.

Pupila roja que se dilata.

Sueño cardenalicio o imperatorio.

Pompa de jabón.

Juego de química.

2. EL BU AZUL.

(Bu atlántico).

Su trayectoria va de fuera a dentro. Fauce azul que se traga la pastilla baya o el caramelo rojo. Maillot futuro de la isla.

Audazmente—lentamente también—va acercando el momento. Salina breve. Lago infantil. Puerto de juguete. Escasos adelantos aún.

Pero, ¿y la ola brava—disfraz de brocha gorda—que pintará de azul marino a Lanzarote?

Pero, ¿y la música azul, el sueño azul, la tradición azul prelancelótica?

El bu azul es ya bu familiar. Amigo de

marineros; de salineros; de pescadores; de trabajadores del puerto.

Cuando se trague la isla será más por amistad que por gula.

3. EL BU NEGRO.

(Bu africano).

Es un bu histórico. Del que sólo queda ya el recuerdo. Las huellas de su paso búi-co. En las pistas pretéritas del Quinientos, del Seiscientos, del Setecientos.

(Lancelot, transportador del bu rojo, adivinador subconsciente del bu negro. La escenografía caballeresca—castillo claro, oscuro laberinto—rodela doble y doble redil. El Norte frente a Sur. Antimoro.)

Cuando Lancelot septentrionalizaba su isla, la alejaba de Africa. Adivinaba ya el bu negro.

4. EL BU ACROMO.

(Bu meteorológico).

Prelancelótico. Como el bu azul.

**Su infancia pertenece a la prehistoria de
la isla.**

**Bu oriental, como el bu negro. Fuelle
perenne del bu rojo.**

Bu jardinero.

Bu deportista.

Bu arquitecto.

Yo le hecho la biología de este bu.

RECTIFICACION DE ARRECIFE

En la primera lectura de Arrecife, la definición fluyó así: "Arrecife es un pueblo tímido, chato, sin color. Se ve que está asustado. Que tiene miedo al mar". Y pensé que el azoramiento de este pueblo de casas bajas, aplastadas contra la tierra como hatos ovejil bajo la tempestad, se lo daba el mar. Que era el Oceano—el pájaro de alas infinitas—lo que mantenía en su susto perenne a Arrecife. Yo no sabía—entonces—que una tradición y un viento africanos mandaban en Arrecife sobre todo.

Arrecife teme al bu acromo que le llevará una tarde sus casas. No ha desperezado aún del susto con que el bu negro le durmiera.

**Altura sobre el nivel del mar: 1'65 me-
tros.**

Calles: 43.

Casas: 587.

**En la casa n.º 15 de la calle del Campo
vive—¿vive aún?—Luisa Ortega.**

FINAL

Ya en prensa este libro, he encontrado entre mis papeles mejor guardados, unas cuartillas, que deben referirse a pinturas religiosas de Lanzarote, y que reproduzco textualmente aquí.

Es un hallazgo del que no sabré nunca regocijarme bastante. Porque me ha traído el único modo de que tenga mi libro el final que yo no sabía cómo inventarle. El final que pudiera hacer olvidar al lector la desapacible *literatura* precedente. El capítulo en esquema: irrealizado. Capullo o huevo de capítulo. Que estoy ya camino de literaturizar, si no me escabullo a tiempo tras el punto más próximo.

Las cuartillas salvadoras dicen así:

[MAGDALENA]

•Fecit | año de | 1794•.

(Biznieto de Navarrete. Modesto pintor de Naturalezas Muertas).

Trotaconventos mefistofelada.

La luz en el rostro de un criado que trae fuentes.

Las manos del moro: hombre con turbante y zapatillas.

La Magdalena llora lágrimas de madera mientras acaricia los pies de Jesús.

Jesús sentado: espatarrado. Pantocrator. Pero hermoso, varonil. Don Juan sefardita. (Hay un perro negro al pie del moro).

[SANTA MARÍA EGIPCIACA]

Seis angelitos—alas rojas y verdes—, gimnastas o marineros. Mas marineros que gimnastas. El sentimiento del mar mandando sobre los pintores. Bajando hasta el mar a los ángeles. (El artista ha pensado

en el marinero al apear a los ángeles de la nube y subirlos a la cruz).

La cueva de María Egipciaca deja ver por su boca de entrada una ciudad clásica —vida primera—. Domina el rojo minio en el traje, mejillas, labios, libro. Cabello rubio-esmeralda. Representa el momento en que la santa abandona su vida primera. No se ha quitado aún los afeites de la última noche.

{SANTA LUCÍA}

La dama de la mano en el pecho. Manierista.

{PIETÀ}

El rostro de Jesús sobre la mano empuñada de la Virgen. El brazo derecho de Jesús cuelga.

Es obra de Galviati. Excepto el angelito barroco de la izquierda, pintado posterior-

mente por Doña Catalina Placeres. Como modelo un sobrino infante.

[ANIMAS]

Dice al pie: "Mart (in) Antonio de la Cruz fécit". Y luego: "1 1701 2". Aparece citado en el Inventario parroquial de Tinajo de 1764.

No sólo Purgatorio. Sino también Infierno. San Miguel baila el *charleston* sobre la barriga del Diablo. Lección para Josefina Baker. Unos ángeles nadan entre nubes. Otros se tiran de cabeza al Purgatorio a salvar las almas que naufragan. Influencia del mar.

[CRISTO DE LUJÁN]

En el altar mayor. Indudable su autenticidad. Tiene la marca de fabrica de los productos del gran imaginero canario.

[NUESTRA SEÑORA DE CANDELARIA]

Escultura de Francisco Estévez, de la
Orotava, discípulo de Luján Pérez.

[FRENO DIVINO]

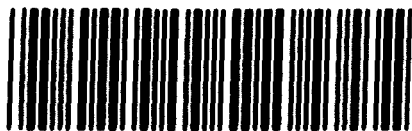
El milagro del cuadro de la Dolorosa
—erupción volcánica del xvii (1630-
1636)—.

La Dolorosa—escultura—y la Dolorosa
—pintura—de la Mancha Blanca.

I N D I C E

	<u>Páginas</u>
Palabras preliminares	7
Lancelot y Lanzarote	9
Elogio del camello con arado	27
Nazaret.	31
Mozaga	37
Biología del viento de Lanzarote	43
Elogio de la palmera con viento	53
Tinajo o el bizantinismo.	57
Teguisé y Clavijo Fajardo	69
Elogio de la cisterna con sol	81
Puerto de Naos.	85
Janubio I) El lago	93
II) Las salinas.	99
Mapa bórico	III
Rectificación de Arrecife.	117
Final	121

BIBL. UNIV. - LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



489031

BIG 860-3 ESP lan



EXCLUSIVA PARA LA VENTA EN LIBRERÍAS:
COMPAÑÍA IBERO AMERICANA DE PUBLICACIONES
LIBRERÍA FERNANDO FE. PUERTA DEL SOL, 15.